

POEMA FILOSÓFICO III

Enrique González Rojo Arthur

2018

ÍNDICE

5. Crítica de Hegel a Kant.....	
6. Más sobre la lógica dialéctica.....	
7. Los neo-hegelianos.....	
8. El método: “gránulo racional” de la filosofía de Hegel.....	
9. El rol de Ludwig Feuerbach en la irrupción del materialismo dialéctico.....	
10. Del deísmo al ateísmo pasando por el panteísmo.....	
11. Marx y Engels.....	
12. ¿Qué es la filosofía marxista y cuáles sus componentes esenciales.....	
13. Discípulos de Marx.....	
14. Cuatro elegías sobre las inquietudes principales de las mujeres y los hombre	
a) Del escéptico.....	
b) Del creyente	
1.....	

2.....

3.....

4.....

5.....

c) Del panteísta

1.....

2.....

3.....

4.....

Del materialista.....

5. Crítica de Hegel a Kant

Hegel, enemigo

de la **concepción instrumental**

del quehacer filosófico,

asentó irónicamente

que no es posible aprender a nadar

antes de echarse al agua.

O, podríamos añadir: no puede haber

clases teóricas de cómo dar un beso.

En Kant, decía Hegel, no se teje la calceta

sino se “teje el tejer”.

El autor de la **Fenomenología del Espiritu**

rechaza la diferenciación

entre **método** (el camino) y el **sistema** (el caminante).

En el “Libro del ser” de la **Ciencia de Lógica**⁶³,

Hegel habla de un doble maridaje

entre el ser y la nada

-que en otros filósofos

llegan sólo a robarse un beso
o se sienten perdidos en la brumosa selva
de la insinuación.

Primero, en el nivel más abstracto,
esta unión tiene el siguiente sentido:
todo lo que hay en el universo,
incluyendo el universo,

es.

⁶³ Sus otras dos partes son el "*Libro de la esencia*" y el "*Libro del concepto*".

La estrella de la tarde,
el cocodrilo que bosteza,
la moneda devaluada,
las arias de Vivaldi que interpreta
Cecilia Bartolli,
el díptico de Adán y Eva
pintado por Durero
y obsequiado a Felipe II
por Cristina de Suecia,
el cuento de Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno,
las refinerías de petróleo,
las abstracciones y los sueños,
el cáncer
y las aspirinas,
son diversas manifestaciones del *ser*.

¿Cómo es posible que éste
abarque cosas y realidades tan distintas

que no tienen ni el menor airecillo de familia?

Porque la noción del **ser**

prescinde de toda determinación

singular;

ser es todo lo que hay, toditito,

sin ninguna excepción que dé al traste

con su universal empolladura

de entes.

Pero un ser que, para abarcarlo todo,

se diferencia de todo

y está exento de propiedades,

se identifica con la **nada**,

ya que un ser sin atributos

¿qué es?... nada.

Hegel, en una metáfora chisporroteante,

identifica la luz con el ser y la oscuridad con la nada

y escribe: “la pura luz y la pura oscuridad

son dos vacíos que son la misma cosa”.

El otro matrimonio se lleva a cabo en la realidad,
y tiene lugar en todos y cada uno de los entes:
si la **ontología** es la teoría del ser
con la mayor extensión posible,
la **óntica** es el tratado del **ente**,
el ser singular,
en donde contraen nupcias de nuevo
el ser y la nada
o lo positivo y lo negativo
en el sentido humilde de ser o dejar de ser
o de haber o dejar de haber
simultáneamente.

Cuando un cocodrilo deja de bostezar
sigue siendo un cocodrilo, pero cocodrilo
que ha dejado de bostezar.

Cuando una refinería de petróleo agota sus reservas
continúa siendo lo que es, pero ya siendo

lo que no era.

La síntesis del ser y el no ser

llámase ***devenir***

y alude no sólo a la transformación

perenne de los individuos

-porque las cosas se mueven en el espacio

y también en el tiempo-

sino a la ley inexorable de la vida y la muerte.

El autor de la ***Ciencia de la Lógica***,

insistiendo en su ya mencionada metáfora

de la luz y de la sombra,

alude al devenir como síntesis

del ser y de la nada,

y dice que la cosa semoviente

es “luz enturbiada” u “oscuridad esclarecida”.

La realidad no se agota

en la antítesis cartesiana

de la *res extensa* y de la *res cogitans*,
sino que encarna en la *res gestae*,
en el ser semoviente,
en el *siendo*, ya que,
hay que decirlo a tambor batiente,
en el principio era el gerundio.

Todos sabemos
que así como estatua, eternidad, disco rayado
son sinónimos,
también lo son
la rosa, lo efímero, el relámpago.
Pero todo, lo que se dice todo,
es fugaz
-pasa en menos que canta
el cadáver de un gallo-
ya que el reposo es relativo
y el movimiento absoluto.

5. Más sobre la lógica dialéctica

Y ahora ya podemos, oh lector,
acercarnos a una lógica
que no es ni la formal ni la matemática
o simbólica:

la **dialéctica**.

La lógica dialéctica
es la lógica del devenir,
del **panta rei** como atalaya
para divisar el río heracliteano.
No la lógica de los entes

encaramados al pedestal de la abstracción
para que Cronos
no los palpe, los acaricie o los viole.
Si, como vimos, los principios de la lógica formal
-identidad, no contradicción
y tercero excluido-
son de origen eleático⁶⁴
-y tienen al Ser,
con la apoteosis de la mayúscula,
como el Zeus de los conceptos-,
los principios de la lógica dialéctica
-unidad y lucha de contrarios,
trueque de la cantidad en calidad
y negación de la negación-,
provienen de Heráclito, el efesio,
y de sus huestes.
“No hay un solo fragmento de Heráclito,
dijo Hegel en sus

⁶⁴ Corriente filosófica representada por Jenófanes, Parménides, Zenón y Meliso.

***Lecciones sobre la historia
de la filosofía⁶⁵,***
que no haya asumido yo en mi ***Lógica***".

Hegel es en el fondo panteísta.
El Dios único y personal
brilla en su por ausencia en su filosofía.
Y esto me lleva a meditar
que, en la historia del pensamiento,
el politeísmo se convirtió en monoteísmo.
El monoteísmo en panteísmo.
El panteísmo en ateísmo.
Del politeísmo al ateísmo
hay un largo calvario que finaliza
con la crucifixión del más allá.
Ciertamente la historia de nuestra orfandad
es, a un tiempo,

⁶⁵ Obra póstuma (1833) inspirada en sus lecciones impartidas en la Universidad de Berlín y recogida, como otras obras, por sus discípulos.

la historia de nuestra paternidad.

6. Los neohegelianos

La pretensión de Hegel
de que las nupcias
del método y el sistema en su filosofía
fueran felices,
sin desavenencias y disputas conyugales,
fue cuestionada por los
neo-hegelianos.

Los de derecha⁶⁶ se pusieron del lado
del sistema y vieron con malos ojos

⁶⁶ Algunos de éstos son: C.A. Eschenmayer y E.N. Hengstenberg. Karl Rosenkranz, importante hegeliano, pretendía ocupar un centro ortodoxo entre la izquierda y la derecha.

a un método, el dialéctico
-que el ruso Herzen llamara
“el álgebra de la revolución”-;
los de izquierda⁶⁷, en cambio,
se entusiasmaron con el método
y en mayor o menor medida
dictaron sentencia
contra la conducta sospechosa y los devaneos
del sistema.

7. El “gránulo racional” de la filosofía de Hegel: el método.

Marx y Engels llevaron al extremo
esta tendencia
y en su reflexión

⁶⁷ David Federico Strauss, los hermanos Bauer, Moses Hess, Max Stirner, Arnold Ruge, etc.

extrajeron de la filosofía de Hegel
-en una limpia y eficiente
operación quirúrgica-
la “semilla racional” del método
e hicieron a un lado el sistema,
visto como idealista
e ideológicamente subordinado
a la clase burguesa en ascenso.
Ante la crítica marxista,
los cónyuges accedieron al divorcio
y como “un clavo saca a otro clavo”
-aunque en la derecha fueran
los clavos de Cristo-
los antiguos esposos
buscaron otras parejas
para resanar las heridas
y seguir cada quien su camino.

Como las exageraciones
convierten lo bueno en óptimo
y lo malo en abominable,
cuidémonos de exagerar el punto de vista
de que en Hegel
lo **racional** (una fulgor
que deshiela todo témpano de mentida solidez
que sale a su paso)
se halla en incesante **polemos**
con la **irracionalidad** del sistema,
ya que algunas **dialécticas**
que operan en él
son torpes, insuficientes
y engarzadas en una triplicidad
forzada y artificiosa,
y es importante subrayar, por otra parte,
que secciones importantes del sistema
-sobre todo en la **Ciencia de la lógica**

y en la *Filosofía del Espíritu*⁶⁸-
son de importancia indubitable
y nos esclarecen puntos muy oscuros
de la ontología,
cuidémonos, pues, de exagerar esta concepción,
y advirtamos, no obstante,
que es indiscutible que la dialéctica
no podía caminar libremente
sin dar pasos en falso,
moverse a trompicones
y producirse abolladuras,
al interior de un sistema
ideológico y clasista.
La dialéctica era precisamente un “gránulo racional”,
una semilla,
una promesa acurrucada en sí misma,
que necesitaba desplegarse y florecer

⁶⁸ La mayor parte de los críticos de Hegel piensan que la filosofía de la naturaleza es la parte más débil de su cosmovisión.

en un ámbito que,
lejos de impedir u obstaculizar
su odisea cognoscitiva
por el mundo natural, la sociedad y el pensamiento,
le permitiese y aun fomentara
su objetivación y desarrollo.

¿Cuál era la filosofía,
la concepción del mundo
que podría brindar esta “libertad de acción”
a la dialéctica
y beneficiarse al mismo tiempo
por acogerla en su seno?

Hay que decirlo ya:

se trata del ***materialismo***.

No de cualquiera,
no el que corresponde,
con la cabeza vacía, a la fe del carbonero;
no el que en la Edad de las luces,

se constreñía a suprimirle a Dios
la tierra que pisaba (y llevarlo a trompicones
a un tristísimo museo),
a tener como método la lógica formal,
a cobijar bajo su palacete
la metafísica sin alas
del mecanicismo
y ser una de las trincheras ideológicas
de la burguesía en edad de merecer.
No la de Jean Meslier, La Mettrie,
Denis Diderot o el Baron D´Holbach
por mencionar algunos
que se caracterizaban por la **acción reductivista**
de reducir lo socio-económico a lo biológico,
lo biológico a lo químico,
lo químico a lo físico
y lo físico a lo mecánico.
No la que pensaba que el hombre “es lo que come”,

(Feuerbach),

una máquina entre otras (La Mettrie)

o que el cerebro “segrega pensamientos como el hígado bilis”.

En ese materialismo, las flores de la dialéctica

-que eran pocas y se hallaban en calidad de intrusas-
advenían bien pronto

al último suspiro, silente,

de su acción de marchitarse,

sin recibir al menos el riego generoso

de un cuentagotas.

No.

Se trata de un nuevo materialismo

que se resiste a considerar lo complejo

como la voz engolada de lo simple.

Un nuevo materialismo

que da preeminencia al ser sobre lo espiritual

y que genera un sistema,

pero abierto,
donde la dialéctica pueda actuar a sus anchas
y no sufra la violencia
de un ámbito donde la asfixia ejerce
la voz de mando.

8. El rol de Ludwig Feuerbach en la irrupción del materialismo dialéctico

Y aquí -me dice ***la Demonio***
muy interesada en aclarar las cosas-
hay que traer a colación
a Ludwig Feuerbach, sin el cual
Marx no podría
haber transplantado el “gránulo racional”
de la dialéctica
a un materialismo de nuevo cuño.

Si Jenófanos fue el gran representante de la crítica antropomórfica del politeísmo griego⁶⁹, Feuerbach puede ser considerado el mayor representante de la crítica antropomórfica de la cosmovisión cristiana y los demás monoteísmos que introducen en la mente la enfermedad infecciosa del absurdo⁷⁰.

Él parte de la famosa *inversión* de que no son los humanos los que están hechos a imagen y semejanza de Dios, sino su puntual contrario.

Viceversa que no sólo nos hace evidente que la tierra, base y el sustento del árbol y sus ramas y sus frutos, también se encuentra hecho

⁶⁹ como Luciano de Samosata lo fue del politeísmo romano.

⁷⁰ Absurdo del que se agarraba Tertuliano como clavo ardiendo para soltar su famosa sentencia: ***Credo quia absurdum*** (creo porque es absurdo).

a imagen y semejanza de sus raíces.

Feuerbach opina que todos los caracteres

que los humanos atribuyen a Dios

-omnipresencia, omnisciencia, omnipotencia,

eternidad, etc.-,

son en realidad cualidades

que, constreñidas por el tiempo y en pequeñas dosis,

poseen los humanos, pero sublimadas

hasta llegar al *sumum*

tras de arrojar sus límites espacio temporales

al cesto de basura.

La religión y el cristianismo

no son otra cosa

que la catapulta

que vuelve lo finito en infinito

o torna lo fugaz

-que nace masticando sus últimos

instantes-

en algo absoluto que recorre
en su coruscante carro alado
por la calzada real de lo perpetuo,
usando los relojes
ya sólo como ruedas.

A la pregunta ¿Dios existe?
Feuerbach responde: desde luego;
pero no existe ***en sí y por sí,***
sino ***en y por nosotros.***

Los humanos reflejan en Dios
sus más profundos deseos nunca realizados
“el secreto de la teología, dice nuestro filósofo,
es la antropología”⁷¹.

La filosofía no tiene como tarea
proporcionar un fundamento a la religión,
sino criticarla, buscarle sus raíces,

⁷¹ Obras importantes de Feuerbach son *Contribución a la crítica de la filosofía hegeliana* (1839), *La esencia del cristianismo* (1841), *La esencia de la religión* (1841) y *Tesis preliminares para la reforma de la filosofía* (1842).

develar la inversión que trae consigo
(la de convertir el **predicado**
(Dios y lo espiritual) en **sujeto**
y el **sujeto** (el ser humano) en **predicado**)
y ponerla frente a la cámara fotográfica.

9. Del deísmo al ateísmo pasando por el panteísmo

Tras la lectura de Jenófanes y de Feuerbach
uno se ve tentado a escribir:
¡Qué derrumbe!
¡qué aguacero de dioses!
¡Qué lodazal formado
por el agua iracunda
del Diluvio!
¡Qué cielo

con los pies de barro!

Pero también proferir:

Materia, estás en indudable desventaja

con la divinidad.

Nunca has enviado a un hijo tuyo a redimirnos.

Nunca has sido crucificada.

Nunca serás un laboratorio de milagros.

No hay una sola iglesia en el globo terráqueo

dedicada a glorificarte

ni a ensartar, flechadora del cielo,

las preces en los tímpanos escurridizos

de la primera causa.

No existen plegarias con pulmones de nunca acabar

para invocar tu nombre.

En ningún púlpito se leen versículos

de ***El origen de las especies***.

No hay un solo canto gregoriano

que hable de los trilobites
o del ácido desoxirribonucleico.
En las pilas de agua bendita
nunca hay agua de mar. Nunca hay oleaje.
En lo órganos, ahítos de Divina Providencia,
jamás se escucha la música de los astros
y el ruido y sus armónicos
del vendaval que derrota al follaje y al silencio.
No nos prometes otra vida,
tener, de corazón, un Ave Fénix,
ni liberar al tiempo que se encuentra
en el punto final acurrucado.

Estás en insondable desventaja
con el Señor de lo ápices y las galaxias
porque tu pesebre está perpetuamente crucificado.
Pero tienes ganada la partida,
pues ¿qué puede el Rey de Reyes,

el ser que padece delirio de absoluto,
el Ente que presume conocer la ecuación de lo perfecto,
frente a ti que, siendo la clave para descifrar todo enigma,
siendo el campo de batalla de las huestes de Heráclito,
te deslizas o corres, sudando eternidad,
sin dar nunca de bruces
en una dilución o un epitafio?

10. Marx y Engels

Auxiliado por la ***des-inversión*** proclamada
por Feuerbach
-mediante la cual el sujeto (la materia)
dejó de andar por las nubes

y el predicado (el espíritu)
volvió a su sitio-,
Marx trazó su raya con el sistema hegeliano.
Durante toda su vida,
y en compañía de Engels,
se dedicó a sembrar el “gránulo racional”
de la dialéctica
en la fecunda y pródiga tierra
del nuevo materialismo.
No lo construyó con últimas palabras,
ni permitió que la crítica, sentando cabeza,
pretendiera dormirse en el mullido
cabezal del dogma.
A la voz de la sentencia ya citada:
***“no es la conciencia
la que determina el ser social,
sino muy por el contrario,
es el ser social el que determina la conciencia”***,

inició la interpretación materialista de la historia.

Y es que no es el Olimpo el que determina el Demos sino, muy por lo contrario, es el Demos el que determina el Olimpo.

No se piensa lo mismo en una palacio que en una cabaña⁷²,

no se reflexiona de modo igual en el cielo que en el infierno,

no actúa de la misma manera

un gusano en la copa de un árbol

que un pájaro en sus raíces,

no ladran del mismo modo los perros

de *Los jardines del pedregal*

que los de *Tepito*.

No es lo absurdo, en fin, el que determina a la verdad sino que, muy por lo contrario, es la verdad la que determina lo absurdo.

Tertuliano:

⁷² Maquiavelo.

en la lucha que mantuvieron en tu espíritu
la razón y la fe,
ésta se coronó campeona.
Creencia imperturbable, invencible, blindada.

Oh Padre de la Iglesia
olvidaste que nunca
-palabra que ahoga entre sus brazos
todas las excepciones-
nunca, nunca
baja la guardia lo imposible.

11. ¿Qué es la filosofía marxista y cuáles sus componentes esenciales

El marxismo es una filosofía muerta de ***curiosidad***.

Investiga,

rasca a dos manos la tierra,
interroga
por los extraños diminutivos pulverizados
del mundo subatómico;
vuelve los ojos al cielo para descubrir
las nebulosas de la dialéctica,
o el cosmos que, en plena expansión,
lejos de “colonizar” la nada
invade otros niveles de sí mismo.

Arroja su red de interrogantes
a cualquier mar de dudas
y en alto océano inquiere
por el fondo del mar
y el infinito cofre de secretos
encallado en la ignorancia.

Es una filosofía con los ojos desorbitados

por la **admiración**.

Cómo le fascina que el río
baje de las cordilleras pregonando
su remedio contra la sed,
la calor y el afán de uno que otro Narciso
trashumante.

A diferencia de los espiritualismos
que aseguran que todo lo que existe
obedece a un plan,
a una **teleología**
que saca del fardo inconmensurable de su voluntad
un infinito número de “paras”
-aquesto fue producido “para”,
lo de acullá con la “finalidad de”-
y lo esparce por el universo mundo,
generando con ello el **asombro** de los creyentes
o de la multitudinaria inocencia,
el marxismo se asombra

de la fidelidad canina con que el efecto
sigue a la causa,
de la acción recíproca con que las cosas
intercambian pedazos de sus entresijos,
de la ley de gravedad con que la Tierra
abraza, amorosa, sus pertenencias
y se resiste a que alguien o algo
-como la redonda infracción de un globo-
pretenda arrebatárselas:
de ahí que la caída de las cosas
-las hojas de los árboles,
los suicidas ante el precipicio,
los cóndores que sufren un corto circuito
en las arterias-
muestran el sorprendente amor de la tierra
por aquello que cuida en su regazo.
Pero el asombro que esto produce
no se debe al supuesto **telos**

que rige, con manías de destino, lo que ocurre
a lo largo, a lo ancho y profundo de la historia.
Las jirafas “no fueron hechas”
con un cuello tan extenso y serpentífero
para alcanzar los frutos de los árboles gigantes
y mordisquear el cielo,
sino que,
por las condiciones botánicas,
genéticas, adaptativas y de selección natural,
dichos animales,
por tener cuellos tan altos, pueden
gozar de esos frutos y mordisquear el firmamento.
No es un “para” sino un “por”,
no un designio sino un hecho
lo que nos explica lo que ocurre
en los avatares de este mundo.

El marxismo es una filosofía presta al *debate*.

La mayoría de sus argumentos no están oxidados
ni los paraliza la herrumbre
de lo obsoleto.

Ama la pugna de ideas,
medir sus fuerzas con los publicistas del Olimpo,
confrontarse con sus múltiples adversarios,
sin hacer jamás votos de silencio;
pero no le conmueve la esgrima académica,
la polémica por la polémica,
el debate entre las nubes
que termina con el piquete envenenado
del mosquito de la astucia.

Gusta más bien de la lucha libre,
cuerpo a cuerpo,
filosofía contra filosofía.

duelo a los rounds suficientes
de la primera sangre.

Tiene el “arma de la crítica” siempre desfundada.

Denuncia las artimañas de la ideología,
su dar gato por liebre,
el velado talón de Aquiles de sus mentiras
color de rosa.

Da con el antídoto eficaz de la picadura
que orquestan sus cascabeles.

Registra las intrigas contra el pueblo
no por el ojo de la cerradura
sino por la mira del revólver.

Marx no enseñó a ver
y denunciar situaciones nefastas,
sorprendentes y cotidianas.

Cómo no nos va a sorprender
que el viejo silbato que da la hora de salir
de la fábrica
más que silbar, cacaraquea
cuando la fuerza de trabajo

no es sino la gallina de los huevos de oro
del patrón.

El marxismo, oh ***Daimon***,
debe ser,
tiene que ser,
no puede dejar de ser
autocrítico,
con una mirada escrutadora
no sólo vuelta hacia afuera
sino introvertida,
tomando los tiros por la culata
no únicamente como indicadores
de prácticas fallidas,
sino con la conciencia purificadora
de evitar la anemia perniciosa
de los yerros autodestructivos.
Debe, tiene que

vigilarse,
ser el centinela de sí mismo,
guardián de sus entrañas,
ángel custodio armado
del invernadero de los principios estratégicos
de su espíritu revolucionario.

Viajero universal,
al lado de su hermano anarquista,
le place recorrer mundo,
asentarse y volverse imprescindible
en el norte y el sur,
el este y el oeste
y en todas los sujetos dispuestos a blandir
en el asta de su dignidad
los enrojecidos trapos de su iracundia.
Teniendo como brújula el don de ubicuidad,
gusta de acceder por avión,

auto,
ferrocarril,
libros, redes,
palomas mensajeras.

Si lo llaman, no duda en acudir:

se resiste a dejar los problemas sociales

en manos de curanderos

o de la magia negra

de la superchería o de los ocultos

o cínicamente desparpajados

intereses de los capitalistas, comerciantes

y banqueros.

El materialismo histórico,

con el posgrado del idearium ácrata,

como toda ciencia,

tiene un camino infinito por recorrer.

Lo absoluto no está a la vuelta de la esquina.

Aunque no hay nada incognoscible,

no es posible penetrar el recóndito secreto
de las cosas,
de la noche a la mañana
con el tren rápido de la intuición,
como creen los bergsonianos
y todos los militantes del irracionalismo.
En el camino infinito de la ciencia,
la interpretación materialista de la historia
debe salir a la plaza pública a dialogar.
Lo peor que le puede ocurrir a un marxista
es padecer de sordera.
Ante hechos inadvertidos,
tiene que dar los pasos atrás indispensables
para darle una tarascada al espacio
y ubicarse en mejor lugar.
Tiene que decir, y decir bien,
pero, tan decisivo como ello,
tiene que escuchar:
no tener los oídos tapados

con los algodones del dogma.

Renovarse o morir, será el emblema
que grite en los hilados de la tela
de su estandarte.

Cuando Marx escribe⁷³,

que ***“los filósofos no han hecho más que interpretar
de diversos modos el mundo,
pero de lo que se trata
es de transformarlo”***,

la palabra *transformar* no quiere decir aquí
dedicarse a la mejora de lo existente,
ocultar la pátina del tiempo
con brochazos de pintura nueva,
evitar la tos del canceroso,
mejorar transgénicamente el alpiste
para que trine mejor el pájaro enjaulado
o adornar con ramos de nomeolvides

⁷³ En la ***Undécima tesis sobre Feuerbach***.

la celda del condenado a muerte.
Nada de ello.
Transformar es no sólo cambiar de escenario,
sino de actores
y no sólo de actores
sino de la obra teatral representada,
es comenzar de nueva cuenta desde cero,
pero un cero especial,
muy redondo, activo y preñado
del advenimiento
de un nuevo mundo.

12. Discípulos de Marx.

Sus discípulos⁷⁴ y el ejército proletario
que comandaban,
lograron dar al traste con el remedo

⁷⁴ Lenin, Tito, Mao, Ho chi min, Fidel, etc.

aséptico del infierno,
con la monarquía absoluta del capital,
enmascarado de democracia
en el carnaval de mentiras
donde empuñaba el bastón de mando
la decadencia
y en el teatro mundanal que pretende
representar la tragicomedia
de “el mejor de los mundos posibles”,
que preconizase Gottfried Leibniz
y ridiculizara el gran Voltaire
en el Pangloss de su *Cándido*,
en una inolvidable caricatura
del autor de la *Monadología*
en que el gran historiador y poeta,
ignorando la estructura de las mónadas⁷⁵.
echó la casa de su talento por la ventana
relamiéndose con sumo deleite

⁷⁵ unidades cerradas y sin ventanas.

la *verité de fait* que le surgiera en los labios
de su boca y de su pluma.

En la República de los soviets,
desde el comunismo de guerra,
a los capitalistas se les confiscaron
los bienes de producción
y a esta iniciativa privada
no sólo se privó de iniciativa,
sino que se le arrojó al estercolero de la historia
donde se dedicó,
a más de entonar la marcha fúnebre
de su rechinar de dientes,
a conspirar con generales aristocráticos⁷⁶
y naciones extranjeras
invasiones militares para ahogar al niño en la cuna.
Sin embargo, no pudo.

⁷⁶ Kolchak, Denikin, etc.

Ya consolidado el régimen,
algo pareció fallar, correr a su pudrición,
ya que, en esta “dictadura del proletariado”
no sólo industriales y ricachones en general
-que en su alquimia aérea,
cotidiana,
de todos los días,
mutaban el humo de las fábricas en oro-,
fueron arrojados a la roca Tarpeya
de la expropiación,
sino los propios obreros,
en nombre de los cuales se hiciera la revolución,
fueron arrojados nuevamente
a la cárcel del trabajo asalariado
por una clase social
que había ocultado su presencia
con el traje transparente de su invisibilidad
en el movimiento multitudinario

de los luchadores.

Clase dominante

que decía luchar

-oh juguete envenenado de la paradoja-

por una sociedad sin clases.

¿Era la burocracia? ¿Los técnicos y hombres de ciencia?

No. Era una clase política

que, por ser *dueña de las condiciones*

intelectuales y materiales

de la administración,

ejercía una franca dictadura sobre el cuerpo social

y que, en la cúspide de la pirámide,

pintaba con polvo de estrella

sus peores ademanes.

Era sí su ***¡Alteza el Comité Central!***

-que dijera Rosa de Luxemburg.

Era el ***sustituísmo*** -denunciado por el joven Trotsky-

en el cual, en un proceso de abducción escalonada,

el partido sustituía a la clase obrera,
el aparato al partido,
el Comité Central al aparato
y el Politburó al Comité Central.

Más tarde se vería, con Stalin,
que el Secretario General del buró político
reemplazaría a este último,
convirtiéndose en un sátrapa
de guante blanco
-para ocultar la sangre de sus dedos.

Estos discípulos de Marx,
inspirándose en él, o en alguna parte
de sus lucubraciones,
pensaban que la sociedad capitalista
estaba conformada, *en lo esencial*,
por dos clases sociales:
los capitalistas y los obreros

y que, si hasta ahora los primeros
habían tiranizado a los segundos
-exprimiendo su fuerza de trabajo
hasta la última gota de sudor-.

había llegado la hora, con el levantamiento,
del trueque de contrarios
o sea de la dictadura de los trabajadores.

Pero ¿qué era esa clase
que llegaba al poder?
No era una sola clase,
unitaria,
homogénea
y sin cuarteaduras,
sino un **frente** de operarios
que agrupaba al trabajo intelectual
y al trabajo físico
los que, pese a su consabida cooperación,
constituían, en las fábricas,
el arriba y el abajo

que entrecruzan miradas recelosas.
Tras la destrucción del capital privado
y su forma legal y cotidiana
de conducir la plusvalía
a las arcas del egoísmo militante,
no fue la clase trabajadora manual
la que logró encaramarse
a las instituciones decisivas
del cielo
-trajo consigo, sí, el tsunami
que devastó
lo que había que devastar-;
pero fue el otro sector del proletariado
-el de los intelectuales que podían
hacer de funcionarios estatales
y tecnócratas en la función productiva-
el que se hizo del poder.
Lenin y otros discípulos de Marx

dieron con la forma
de aniquilar, aunque fuera por un momento,
y en los linderos de la *apariencia*
que rotura la falacia,
el régimen capitalista.
Los partidos obreros
fueron ***partidos-destrucción***,
pensaban que bastaba con estatizar
los medios productivos
-que las fábricas pasaran
de las manos, con ademanes tintineantes
de los empresarios,
a las arcas impersonales de ***Leviatán***-
y que lo demás, ay, lo demás
-libertad, democracia real, justicia,
desenajenación económica,
autogestión-
vendría por añadidura

o sea cuando a Dios le viniese en gana.

Destruyeron ese capitalismo

y acabaron por poner en su lugar otro vestigio

de igual o peor catadura.

Los partidos deberían de haber sido

partidos destrucción-construcción;

no sólo partidos-destrucción

-aniquiladores del régimen

capitalista tradicional-

sino partidos-construcción

que, junto con el aspecto destructivo,

convirtieran la construcción

(del socialismo autogestionario)

en su práctica esencial.

El partido-destrucción,

el partido-tanque de guerra,

el partido-guillotina

debía ir cediendo su lugar

al partido-construcción,
al partido-trilladora,
al partido-organización
(de arriba abajo y de la periferia al centro)
al partido-autogestión.

***13. Cuatro elegías sobre las inquietudes principales de las
mujeres y los hombres***

a) Del escéptico

Para qué ocultarlo,
yo vine a este mundo con una deformación
congénita:

exceso de preguntas

y una escasez,

lindante con la inopia,

de respuestas.

Algo tan serio como nacer manco,

mudo

o con el defecto inocultable,

vergonzoso,

Algo tan serio como nacer manco, mudo

o con el defecto inocultable, vergonzoso,

de una credulidad rotunda,

indestructible.

Mi primer chillido

(aquel con el que yo me inauguré
como persona),
no era un llanto de dolor
o la expresión del
hambre,
sino un alarido
que se interrogaba
que qué diablos me hallaba haciendo
en esta cuna salpicada de mundo.

Muy pronto,
invadido de preguntas,
como si fuesen bacterias,
virus
o piojos,
me di a tomar por las solapas
los libros,
a torcerles el brazo,
a agarrarlos por el cuello,

para que contestaran a mis inquietudes.

Ellos me dieron, ay, varias respuestas

(con las ínfulas de una lámpara

que se enciende a la mitad

de un cuarto oscuro)

que en el fondo no eran

sino agua turbia,

enlodada por la duda,

agua en la que, a pesar de su braceo,

nafragaba la transparencia.

Si hay algo que me produce náuseas

son los dogmas,

la pretensión

de haber escarbado

en algún recoveco del mundo

hasta hallar no sé cuántas

vetas

de verdades contantes y sonantes

que, fundidas en barras de pedantería,
desgastan las yemas de los dedos
del plutócrata y avaro
metafísico.

Los dogmas son los pilotes
sobre los que levanta su iglesia
(la más alta construcción de todo pueblo)
el fanatismo.

Son las “devotas convicciones”
-tomadas de la polución ambiental
o de la histeria de los conventos-
que no tienen más soporte
que la mendaz declaración que se realiza
tras de poner la palma de la mano
sobre las Sagradas Escrituras
o sobre cualquier famosa superstición
de los creyentes.

Yo soy aquel que organizó

una cruzada
 contra los dogmas,
una guerra a muerte
 contra el idealismo,
el materialismo
y el pajarraco ecléctico
que pretende volar,
a dos alas;
también una batalla a muerte
contra los hombres de ciencia,
los filósofos,
los taumaturgos
y la muchedumbre de chamanes
y merolicos que lucen
el tatuaje iridiscente de la verdad
a mitad de su pecho.

A veces me digo,
parodiando al varón de Atenas:

sólo sé que nada sé.

Y me quedo feliz,
aspirando grandes bocanadas de oxígeno,
satisfecho de haber encontrado
la única piedra verdaderamente sólida
en que es posible poner con seguridad
mis pies recelosos y dubitativos
o mi cansada sien
muerta de dudas.

Reloj en mano,
doy mi brazo a torcer
sólo un instante,
tan fugaz
como un parpadeo arrepentido.

Pero, ¿por qué creo saber que no sé?
¿Por qué tengo la petulancia
de decir: aquí está por fin una verdad;
aquí hay, amigos míos, un despeñadero de dudas;

aquí tengo algo tan cierto,

tan incuestionable,

tan verdad a la mano,

que, a partir de ella,

con ella

por ella,

puedo construir un nuevo templo:

la iglesia de los que *saben que no saben*,

de quienes afirman que la inteligencia,

-aunque el termómetro denuncie

su tendencia a sufrir

delirio de grandezas-

no es capaz más que de conocer

su incapacidad.

Pero, ¿no es esto ponerme trampas?

¿Volverme el feligrés

del más insípido,

negativo y demacrado

de los dioses?

Yo no soy,
no puedo ser un dogmático;
mi corazón ama el silencio
y repudia la algarabía
de la lengua sin riendas.

El *dubitandum est* de mi cerebro
me impide declararme partidario
de ninguna afirmación o negación
con desplantes
de monarquía absoluta
o de rayo que cae abruptamente
sobre la página en blanco de mis neuronas
a formar evidencias,
a formarlas;
sería como ponerle una soga al cuello
a mi severa y cautelosa razón
-que tiene como oxígeno la duda-
y obligarla a sufrir el trago amargo

de la asfixia.

Pirrónico radical,

en verdad tampoco sé

si lo único que sé

sólo es que nada sé.

Ni siquiera me es dable

tener una verdad pequeña

como una flor, que pueda guardar

en un libro,

ponérmela en la bolsa de la blusa,

o guardarla debajo de la almohada

para los tormentosos días

en que quiero dar sentido

al enorme garabato

que mis pies van construyendo

en los ires y venires

de mis huellas.

¿No puedo, ay, nunca decir:
“de este dogma no beberé”?
Y si lo hago ¿no me encuentro
rindiendo pleitesía,
como un vulgar creyente
de su falacia,
a este *no* que brota de mis labios
enfermo de soberbia?

Y entonces qué desastre,
qué galimatías,
qué estercolero de vivencias
corren a lo largo y a lo ancho de mí mismo:
siento de repente en mi tórax
un péndulo
que accediendo a un punto apenas
-devorando las escasas migajas del presente-
cuando se ve arrastrado a proyectarse

al lado opuesto.

Cartujo del escepticismo,
y con la idea de que no me es dable
afirmar o negar

nada de nada,

llevo mi lengua al cadalso de los dientes cerrados
y opto por la mudez,
por poner mi boca en cuarentena,
dejar de alimentarme
con pájaros vivos,
arrojar por la borda
todo mi combustible de saliva.

El universo

-ese que tenemos arriba y abajo,
a izquierda y derecha
de nuestra pregunta-
se enterca en no hablar.

No nos dice qué es, si es que es,
o por qué, cómo y para qué.
El cosmos exhala un gran silencio,
un silencio descomunal
del tamaño de todo lo que es
o parece ser.
Ese silencio cósmico
me lo introduzco en la boca,
lo saboreo,
lo mastico
-rumiar es la forma material
de la meditación-
hasta que lo vuelvo comestible
y me lo trago, zás,
haciendo que se distribuya
por todos mis entresijos.

b) Del creyente

b.1

Mis padres, desde que era muy niño,
un día de mi santo,
me regalaron a Dios.

Me dijeron que ellos,
aunque fuesen inteligentes y creativos,
eran incapaces de sacar de la nada
ni siquiera la exangüe promesa
de un corpúsculo.

Que no tenían la menor capacidad
para lucubrar milagros;
que las estrellas,
los **quásares**
y los armadillos
hacían lo que hacían
sin la menor intervención
de ellos;

que tenían manos,
dos cada uno,
pero que a tales pedazos del cuerpo
en realidad de verdad
no les era dable llevar a cabo
nada que valiese la pena.

Que me podían dar una aspirina,
alisarme el cabello,
regalarme un calendario,
acudir en mi ayuda para desatar algún
nudo en mi garganta
o enjugar mis lágrimas
con el pañuelo espiritual
de la consolación; pero que de plano no sabían
contar el número de olas
que traía consigo,
desde su nacimiento,
el mar.

aunque ellos me amaban y reconvenían,
no eran en realidad
más que padres postizos,
 prestanombres,
y que necesitaban,
(tanto ellos,
como yo
y el puñado de hermanos
que hacían fila para saber también
de sí),
de un Padre de verdad
con una P mayúscula del tamaño
de un templo.

Un Padre
que no estuviera aquí
(sentado a la mesa,
tosiendo en el cuarto de junto,
viajando en el metrobús

o viviendo
en un asilo para vientos desdentados),
sino que se hallara en los cielos,
en los lugares recónditos donde
resuenan
campanas de ultratumba,
que no son los que están arriba
a golpe de ojo despejado
o de telescopio
con delirio de grandezas
y el afán irreverente
de pisarle los pies al infinito;
que no son los plagados de supernovas,
hoyos negros y dolores de cabeza,
sino que están ubicados
en un litoral incierto,
inimaginable, inaccesible,
en que lo portentoso lleva
la voz cantante de la batuta

y la perfección goza de mayoría
en el Congreso.

En estos lares, todo lo material,
lo que huele a existencia,
a moléculas dejadas de la mano de Dios,
a óvulo que fecunda

no el casto soplo divino,
sino la material astucia
del espermatozoide,
es mal visto,
puesto en la lista negra
y, víctima de la discriminación,
arrojado sin contemplaciones
a la cloaca maloliente de la vida,
a la carne aderezada sin incienso.

b.2

Estoy feliz de que mis padres

pusieran en mis manos

la fe.

Cierto que lo hicieron cuando la

lógica

-bella durmiente en mis entrañas-

aún se hallaba perdida

en alto sueño;

pero el don fue tan importante que, cual

cayado,

metrónomo del corazón

o ángel custodio contratado de por vida,

me ha servido de guardián desde entonces

con la perseverancia de la sombra

que, como mi perro,

gruñe a todo peligro

que me amaga.

La fe choca con las “verdades” tímidas,

conformistas,

que se limitan a tenderle redadas
a la apariencia.

Ella toma las inquietudes por los cuernos
y piensa que en lo *absoluto*,
en la raigambre espiritual
del teatro de espejismos,
las preguntas
ya no se hallan muertas de hambre
por sus respuestas.

La fe repugna a los ciegos,
a quienes carecen de la audacia
de aletear sus ímpetus
y arrojar el lastre que conservan aún
sus más altas miradas,
a los que ponen a la razón
(que mezcla sus evidencias y silogismos
con el azufre)
en el altar de su entraña,

en el hueco emocionado
donde podría caber
la divina providencia.

Cuando mi devoción lo exige,
junto las palmas de las manos
-con la punta de sus dedos
a la altura de la barbilla-
y formo las cúpulas de una pequeña iglesia,
un microsantuario
para uso personal.

Allí mi corazón oye misa,
arrodillado,
y dice sus preces palpitantes
a mi Dios de la guarda.

Sé, mis amigos,
lo que va a decir de mí
la legión de incrédulos y herejes.

“Es un supersticioso. Le rinde culto
a las partes más primitivas del cerebro,
no se da cuenta de que lo que tiene
por verdades definitivas
(reveladas por una divinidad
a quien un día le dio
por las confidencias)
no son sino juegos de manos, triquiñuelas
de sacerdotes
que comercian con el cielo
o indicios del atraso inmemorial
de quienes ignoran hasta
la o de sus ojos
por lo redondo”.

Pero que digan misa.

La misa negra de sus ateísmos
e incomprensiones.

La fe es el único camino

para declararle la guerra a la oscuridad,
ganarle a pulso todas las contiendas,
arrojarle cubetazos de pintura blanca
y tenerla aquí,
a nuestros pies,
deshaciéndose como una estatua de lodo.
Es el dorado picaporte
para acceder a la mansión suprema,
o la combinación segura
para abrir la caja fuerte del arcano
y dar de bruces
con un mundo
que deja de tener a la felicidad
como mero hotel de paso.

b.3

La fe me permite
darle rienda suelta a mi deseo.

No encadena mis ansias
-que desbordan los límites
que me oprimen y asfixian-
a los hechos duros,
vociferantes,
de la experiencia.

Si me enfermo,
si contraigo un demonio
(de los muchos que van
en alada purulencia
por el aire)
y siento que el maldito
se instala como Pedro por su casa
en algunas de mis células
para después saltar,
en propulsión de azufre,
de un lugar a otro de mi angustia,
no confío en las manos,

de ademanes mediocres
y acciones marrulleras,
de los médicos
vestidos con el blanco
de la plena ignorancia,
o en la pretenciosa alquimia de los fármacos
que vuelan a ciegas
y ejercen sin título.

Desconfío de todo lo que los mortales
hacen para curar
a los mortales.

Sé, en cambio, de las virtudes de las plegarias.

Un par de padrenuestros

o avesmarías

y, la tos obcecada,
el dolor de cabeza o
la muela del juicio
que destruye el orden cósmico,
se esfuman de inmediato.

b.4

Tengo garantizada la salud
-en la medida en que algo tan frágil
y efímero puede ser garantizado-
con las virtudes terapéuticas
de mi devoción.

Todo, hermano,
es pedir con humildad y sin reposo
y la herida es suturada
por una cicatriz que surge
de repente.

La fe me da el privilegio
de jalarle la manga a mi Creador
para pedirle
el milagro indispensable
-en la dosis adecuada-
para restablecer en mi organismo

un bienestar complaciente
de entrañas
y de huesos.

Todo esto me brinda serenidad.
No me siento a la deriva,
a la mitad de un mar huracanado
de lágrimas,
braceando entre las olas y la asfixia,
a la infructuosa búsqueda
de la escafandra eterna
del oxígeno.

Mi secreto está en volver los ojos
hacia arriba,
hacia el punto espiritual en el que el cielo,
sin desnudarse del nombre,
deja de ser aquende.
Qué duda cabe:

hay que ponerles un hasta aquí
o torcerles el brazo
a los virus y bacterias
que corren
diligentes
en mi sangre,
como si no existieran
los sagrados anticuerpos
nacidos en las yemas
de los dedos divinos.

b.5

Me tomo muy en serio
la afirmación de que Dios
está en todas partes.

Por eso no necesito ir a la iglesia para rezar
-aunque no dejo nunca de asistir
a la matiné con dos misas

del domingo-
y también por eso
lo hago donde sea
y en la hora,
minuto
y desesperación
que sean.

A veces me hinco de rodillas,
junto mis manos
y dirijo mis oraciones al crepúsculo.

Otras, dialogo horas enteras
con el agua bendita.

Unas más, tomo una piedra
(que, presumo, se halla plagada
de poros auditivos)

y le dirijo mi ruego
elevando poco a poco su volumen
del murmullo hasta el aullido.

Yo tengo la suerte,
no de creer, sino de saber
que no tengo las horas contadas,
ni se halla mi total extinción
-los brazos abiertos esperando mi arribo.
Que, si antes de mí no había nadie
que fuera yo
(porque del no ser Dios obtuvo
el alma y la carnezuela de esta criatura),
después de mi persona
habrá un yo corregido y aumentado,
alguien dichoso de conocer,
vivir,
sentirse copartícipe
de la *lux aeterna*.

Así soy yo. Y ésas
mis creencias y seguridades.
Por eso, para mí,

en rigor de verdad,
la muerte
no tiene más importancia
que cambiarse de camisa,
estrenar zapatos,
aprender a cantar nuevas canciones
o prescindir por un momento de mis ojos,
mis manos,
mis recuerdos,
con la certeza inmarcesible
de encontrarlos después.

c) Del panteísta

c.1

Yo no creo en Jehová,
ni en el Dios Trino y Uno,
ni en el Dios de Mahoma.

Creo en Algo, al que llamo Dios,
porque pienso que la materia
no puede andarse inmiscuyendo
en todo:

en la belleza del crepúsculo,
en las manos de la generosidad
que son sólo estaciones de paso
de las cosas que se obsequian,
en el libre albedrío
con que el hombre o la mujer
dan forma de puño a su voluntad.

Todo esto no cae del lado
de lo maloliente,
los miasmas,
la basura
o lo meramente carnal,

sino del lado del espíritu,
de los benditos salmos de las piedras,
del aleluya que brota
de la misión cumplida.

c.2

Las cosas,
los cuatro elementos
-todo lo que,
en vez de quejarse, rechina;
en vez de cruzarse de brazos,
se estanca;
en vez de tomar el báculo,
abrir la puerta
y poner los ojos en el camino,
se vuelve polvareda-;
todo lo material, insisto,
sin lo ideal, lo anímico,

lo valioso,
es decir,
sin la voz de mando de lo espiritual,
sería inerte
inanimado,
arrojado a la cárcel
de la física y sus leyes
inanimadas y más frías
que el hielo de la indiferencia.
Pero las cosas,
aunadas desde siempre con lo anímico,
celebran momento a momento
sus bodas de nunca acabar,
forman unidad con él
-como las flores que,
con un manual de estética en las manos,
pergeñan su perfume-
y no son sino las dos facetas
de una misma realidad.

Como San Francisco,
amo los animales,
las flores, el sol y la luna,
las estrellas y todo el universo;
no porque sean criaturitas
u obras descomunales
salidas de la división del trabajo
de los dedos de Dios,
sino porque son manifestaciones,
modos de ser,
relampagueos
o adjetivaciones
de lo divino.

c.3

Pero mi Dios
es una divinidad impersonal,

cuyo hallarse en donde quiera,
su meterse en todo lo que importa,
no es una más
de sus propiedades,
sino su esencia.

Este don ubicuidad quiere decir
que, por ocuparlo todo
(o ser donde sea)
no se encuentra en “un lugar”
privilegiado y único,
donde se dedica,
de tiempo completo,
a saber de sí
o a estar al tanto de sus límites.
Para mí no es, no puede ser,
una Persona -o tres-
que vivió, vive y vivirá
independientemente de sus criaturas.

Dios está en el infinito inventario
de lo existente.

Es uno con todo de lo que se halla
(conjugando en voz baja alguno
del infinito número de verbos
que hay en el cosmos)
en el espacio y el tiempo.

Vuelvas los ojos a donde los vuelvas
ahí está Dios:

en las novas y supernovas que descuartizan el cielo,
en las fresas donde la sangre se coagula dulcemente;
en la hormiga que corre a refugiarse
en las galerías de lo invisible
o, si se le obliga, en alguno de sus ojos:
en el frasco de tinta
donde duermen,
amalgamadas,
todas las criaturas de la fantasía

o en la divina gracia con que Mozart
plagia sus aires inspirados
al mismísimo viento.

c.4

Los humanos también formamos parte,
o hacemos, o completamos
a Dios.

Dios muere y renace todo el tiempo.

Es semoviente e infinito.

Es el coche y el cochero.

Es el camino y el andariego polvo

que, aun perdiendo la brújula,

lleva en los pequeños diálogos del báculo

y las sandalias

su itinerario.

Y va para adelante

con el auxilio de todas las manos

de la espiritualidad
empujándolo.
Por eso vamos a reencarnar
una y otra vez
(en ocasiones -o karma-
amueblando el futuro
con los desvencijados muebles del pasado)
hasta llegar al *nirvana*;
que no me pregunten qué es
porque -con esta lengua narcotizada
por su propia ignorancia-,
no sabría decirlo
y yo mismo no sé, cuando digo lo que digo,
de qué me encuentro hablando.

c.5

Impersonal como que es,
carece de conciencia

y no hay espejo capaz de reflejar
una Persona que es,
desde siempre,
dispersa,
inabarcable.

Pero hay una excepción:
en las mujeres y hombres
Dios adquiere por fin
conciencia de sí mismo.

La humanidad es aquella parte de Dios
que, escuchando las voces
de no sé qué neuronas,
logra saber de sí.

Y nosotros, como aquello finito
encinta de infinito,
no vamos simplemente a morir como los electrones,
la Sierra Madre Oriental
o la estrella de la tarde, que serán
arrastrados

por una puntualidad insoslayable
a su cita con la muerte,
sino que podemos transmigrar
de un cuerpo a otro;
hacer una carrera de relevos
donde cada quien
le pase su anímica estafeta al corredor siguiente,
sin el peligro de que,
en el tránsito,
se nos venga el alma al suelo
y se ahogue
en la atmósfera asfixiante de la nada.

d) Del materialista

En este universo,
uno y el mismo para todos,

no hay un lugar
donde lo existente,
limitado y mal hecho,
halle manera
-aleteando un propósito,
dando un salto descomunal,
subiéndose a un árbol
o escalando una montaña
para tutearse con las estrellas-
halle la manera
de acceder a los palacios de la perfección
y entablar relaciones con los ángeles
u otras criaturas
sin defecto concebidas;
ni hay otro,
separado del anterior
por un muro invisible,
para las células y tejidos de gusanos,

chacales,
serpientes,
el lodazal completo de virus y bacterias
y las mujeres y hombres que cargamos
la joroba de nuestra materialidad
y la maldición pecaminosa de una carne
muy dada a padecer
punzadas de lujuria.

Este cosmos no ha sido creado
ni por ningún Dios ni por ningún hombre
Yo no creo que el sol, la luna, las estrellas
y el debe y haber del infinito
-para no hablar de los animales
que mordisquean la hogaza succulenta
de la razón-
hayan sido creados
por la grandeza omnipotente de Dios,

ni por la ruidosa insignificancia
de nuestra mente,
que a veces se encarama a la soberbia
hasta la vertiginosa altura
del ridículo.

Como los materialistas afirmamos que,
directa o indirectamente,
a la corta o a la larga,
todo influye en todo:
se nos ataca diciendo que
pensamos que el ruiseñor enfermo
puede ser una de las causas
del choque de dos trenes,
que el eclipse lunar
podría conducir
al suicidio colectivo de los alces,
que la muerte de un lama budista,

en abonando la tierra,
posible es que influya en el color
de las alas de las mariposas
o en el silencio (con calderón)
del búho nocturnal.

Se nos ataca asentando:

pero qué locura es ésta que afirma
que la materia, saltando sobre sí misma,
se hace espíritu,
que las piedras declaman madrigales,
que el molino de los vientos tararea
la música de los astros.

Pero qué remedio.

La realidad no surge de los telares de la creencia
ni se genera en el tronido sinfónico de los dedos
del milagro.

Qué remedio.

La poesía, mis queridos,

no es sino el producto de la materia
altamente organizada.

El que todo puede influir en todo
resulta verdadero
si se investigan y descubren
las infinitas causas que zurcen,
con el ligamen del misterio y la niebla,
unas cosas con otras,
porque no hay sino un cosmos.
Inabarcable, sí,
y que se aleja, desde luego, expandiéndose,
de nuestro conocimiento.
Pero encerrado en la discreta continuidad
de lo infinito.

La creación implica ciertos negocios turbios
con la nada.

Una prestidigitación metafísica incomprensible
(que deja a media frente
crucificado el pensamiento)
o lo que es peor: un tramposo juego de manos,
ay, que escamotea la verdad
hasta volverla el tumor canceroso
del dogma.

La nada borrona cuanto existe.
Y hasta como nada ínfima,
o *petite rien*, jugando con el aro
de su cero,
a medida que deambula
destruye los jardines en que juega.

Ignorantes y necios, escuchadme:
la nada jamás será preñada
por el ser.
En la nada no hay algo

-ni un puntito escondido en la insignificancia-
capaz de dejar de ser
lo que siempre ha de ser:
nada,
sólo nada.

Como esta última
tiene como cualidad esencial
ser imposible,
el universo es imperecedero.
Y también infinito,
con devenires de nunca acabar,
y límites inmolados
por la artillería pesada
de lo eterno.

El cosmos *ha existido, existe y existirá*
por los siglos de los siglos.

En primera y única persona
conjugaba todas las formas verbales

en presente de perpetuidad.

Los relojes no son los apuntadores teatrales
de los actos en que se desenvuelve
la naturaleza toda.

No me seduce la parábola del clásico:
aquella de que el alma
se halla prisionera en un reclusorio
de carne y hueso.

Y de que,
si el cuerpo se enferma gravemente,
la prisión deja de ser
de máxima seguridad:
los centinelas se descuidan,
los muros son incapaces de extinguir
las ardorosas ansias del recluso
por abordar el humo de la fuga,
la libertad se levanta de su lecho

y canta, a grito pelado,
furibundas canciones a la libertad.
Ya en la agonía
se escucha el estruendo de alas de la paloma,
las llaves tintinean el aleluya
que celebra
el tránsito incontenible,
deseado
e inminente.

El ser humano no nace
del pacto,
la alianza,
el matrimonio secreto,
invisible,
intrauterino,
de dos realidades contrapuestas,
como lo blanco y lo negro

que se sienten traicionados
por los pretenciosos desplantes
de lo gris.

La carne
no es la casa de alquiler
de un alma que en esencia
jamás se contamina
de la impureza de los adobes
que forman su habitáculo,
y que, en viviendo,
y llevando su morral de gerundios
a los hombros,
desarrolla unas alas capaces ,
no de volar por las grandes extensiones
del firmamento,
tendiendo caprichosas líneas geométricas
en nuestro cielo físico,
sino de remontarse al más allá

cuando llegue el momento
imperioso de hacerlo,
cuando el reloj
-cantando a dúo el último suspiro
con el pulmón agonizante-
empuje al cuerpo
a dar de bruces en el polvo.

Nos guste o no
(cuando el pulso pida la palabra
para decir su último parlamento
de latidos,
cuando la sangre mude su carrera
por el andar despacio,
pian pianito,
diminuendo
que acaba por detenerse
en la coagulación de la existencia)

el espíritu,
el alma,
se apagarán repentinamente
como el cirio
que, con el soplo interior de su último aliento,
se queda para siempre sin su llama
y deja tras de sí
-después de padecer los estertores
del chisporroteo-
su cadáver de cera.

Desaparecerán para siempre
-la nada acurrucada en su ataúd-
en una fosa recubierta
por las capas de tierra necesarias
para el triunfo del olvido.

No hay nada,
a lo largo y a lo ancho

del eterno mundo,
que haga votos de inmovilidad
y se quede inerte,
congelado.

El universo existe
como un fuego eternamente vivo,
encendiéndose y apagándose de conformidad
con medidas.

No hay nada
que se quede inerte,
congelado,
y se quede quietecito,
congelado,
como una estatua construida
con mármol inmarcesible
(refractario al tiempo y a su afán genocida)
traído expresamente de las canteras
de ultratumba.

Aunque alguno eleve sus rezos a lo intemporal,
no es posible meterle el freno al cambio.

Un riachuelo puede
bajar de velocidad,
reposar por un instante en el remanso
que le jala las riendas a lo urgente;
pero no le es dable pararse en seco,
tener a raya a sus moléculas,
y obtener la quietud
de un agua que se estanca
hasta lo sólido.

Como el día y la noche,
todo se halla marchando en el gerundio
nuestro de cada día,
de nunca acabar,
de correr fagocitando porvenires.

Todo. Desde la dimensión

indescriptible del cosmos
-en que palabras como
gigantesco, enorme, titánico-
son como pobres
botellas con
delirio de
grandeza
que pretenden
absorber el mar, hasta
el ínfimo corpúsculo
-del que sólo de oídas
sabe el ojo- enamorado
de la nada.